

Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas. Yo dije que tienen los cueros duros, que sus lanzas no los podrán pasar, y dijeron que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos mas que dos. Al tiempo que me quería venir les rogué que me dejasen ver á Atabalipa, pues sus mensajeros ven y hablan al Gobernador, que es mejor que él, y no me quisieron dejar hablar con él, y así me vine. Pues mirad si tengo razon de matar á este; porque siendo un llevador de Atabalipa (como me han dicho que es), habla contigo y come á tu mesa, y á mí, que soy hombre principal, no me quisieron dejar hablar con Atabalipa ni darme de comer, y con buenas razones me defendí que no me mataron.» El mensajero de Atabalipa respondió muy atemorizado de ver que el otro indio hablaba con tanto atrevimiento, y dijo que si no habia gente en el pueblo de Caxamalca era por dejar las casas vacías en que los cristianos se aposentasen, y Atabalipa está en el campo porque así lo tiene de costumbre después que comenzó la guerra; y si no te dejaron hablar con Atabalipa fué porque ayunaba, como tiene de costumbre, y no te le dejaron ver, porque los días que ayuna está retraído, y ninguno no le habla en aquel tiempo, y ninguno osaría hacerle saber que tú estabas allí; que si él lo supiera, él te hiciera entrar y dar de comer. Otras muchas razones dijo, asegurando que Atabalipa estaba esperando de paz. Si todos los razonamientos que entre este indio y el Gobernador pasaron se hobiesen de escribir por extenso, sería hacer escritura, y por abreviar va en suma. El Gobernador dijo que bien creía que era así como él decía, porque no tenía menos confianza de su hermano Atabalipa; y no dejó de le hacer tan buen tratamiento de ahí adelante como antes; riñendo con el indio su mensajero, dando á entender que le pesaba porque le habia maltratado en su presencia; teniendo en lo secreto por cierto que era verdad lo que su indio habia dicho, por el conocimiento que tenia de las cautelosas mañas de los indios.

Otro día partió el Gobernador, y fué á dormir á un llano de Zavana por llegar otro día á mediodía á Caxamalca, que decian que estaba cerca. Allí vinieron mensajeros de Atabalipa con comida para los cristianos. Otro día en amaneciendo partió el Gobernador con su gente puesto en órden, y anduvo hasta una legua de Caxamalca, donde esperó que se juntase la retaguarda; y toda la gente y caballos se armaron, y el Gobernador los puso en concierto para la entrada del pueblo, y hizo tres haces de los españoles de á pie y de á caballo.

Con esta órden caminó, enviando mensajeros á Atabalipa que viniese allí al pueblo de Caxamalca para verse con él. Y en llegando á la entrada de Caxamalca vieron estar el real de Atabalipa una legua de Caxamalca, en la haldada de una sierra. Llegó el Gobernador á este pueblo de Caxamalca viénes á la hora de vísperas, que se contaron 15 días de noviembre año del Señor de 1532. En medio del pueblo está una plaza grande cercada de tapias y de casas de aposento, y por no hallar el Gobernador gente, reparó en aquella plaza, y envió un mensajero á Atabalipa haciéndole saber cómo era llegado; que viniese á verse con él y á mostrarle dónde se aposentase. En-

tre tanto mandó ver el pueblo, porque si hobiese otra mejor fuerza asentase allí el real; y mandó que estuviesen todos en la plaza, y los de á caballo sin apearse hasta ver si Atabalipa venia, y visto el pueblo, no se hallaron mejores aposentos que la plaza. Este pueblo, que es el principal de este valle, está asentado en la haldada de una sierra; tiene una legua de tierra llana; pasan por este valle dos rios; este valle va llano, mucha tierra poblada de una parte, y de otra cercada de sierras. Este pueblo es de dos mil vecinos; á la entrada dél hay dos puentes, porque por allí pasan dos rios. La plaza es mayor que ninguna de España, toda cercada con dos puertas, que salen á las calles del pueblo. Las casas della son de mas de docientos pasos en largo, son muy bien hechas, cercadas de tapias fuertes, de altura de tres estados; las paredes y el techo cubierto de paja y madera asentada sobre las paredes; están dentro destas casas unos aposentos repartidos en ocho cuartos muy mejor hechos que ninguno de los otros. Las paredes dellas son de piedra de cantería muy bien labradas, y cercados estos aposentos por sí con su cerca de cantería y sus puertas, y dentro en los patios sus pilas de agua traída de otra parte por caños para el servicio destas casas; por la delantera desta plaza, á la parte del campo, está encorporada en la plaza una fortaleza de piedra con una escalera de cantería, por donde suben de la plaza á la fortaleza; por la delantera della, á la parte del campo, está otra puerta falsa pequeña, con otra escalera angosta, sin salir de la cerca de la plaza. Sobre este pueblo, en la ladera de la sierra, donde comienzan las casas dél, esta fortaleza está asentada en un peñol, la mayor parte dél tajado. Esta es mayor que la otra, cercada de tres cercas, fecha subida como caracol. Fuerzas son que entre indios no se han visto tales: entre la sierra y esta plaza grande está otra plaza mas pequeña, cercada toda de aposentos; y en ellos habia muchas mujeres para el servicio de aqueste Atabalipa. Y antes de entrar en este pueblo hay una casa cercada de un corral de tapia, y en él una arboleda puesta por mano. Esta casa dicen que es del sol, porque en cada pueblo hacen sus mezquitas al sol. Otras mezquitas hay en este pueblo, y en toda esta tierra las tienen en veneracion, y cuando entran en ellas se quitan los zapatos á la puerta. La gente de todos estos pueblos, después que se subió á la sierra, hacen ventaja á toda la otra que queda atrás, porque es gente limpia y de mejor razon, y las mujeres muy honestas; traen sobre la ropa las mujeres unas reatas muy labradas, fajadas por la barriga; sobre esta ropa traen cubierta una manta desde la cabeza hasta media pierna, que parece mantillo de mujer. Los hombres visten camisetas sin mangas y unas mantas cubiertas. Todas en su casa tejen lana y algodón, y hacen la ropa que es menester, y calzado para los hombres de lana y algodón, hecho como zapatos. Como el Gobernador hubo estado con los españoles esperando que Atabalipa viniese ó enviase á darle aposento, y como vió que se hacia ya tarde, envió un capitán con veinte de á caballo á hablar á Atabalipa y á decir que viniese á hablar con él; al cual mandó que fuese pacíficamente sin trabar contienda con su gente, aunque ellos la quisiesen; que lo mejor

que pudiese llegase á hablarle, y volviese con la respuesta. Este capitán llegaria al medio camino cuando el Gobernador subió encima de la fortaleza y delante de las tiendas vió en el campo gran número de gente; y porque los cristianos que habian ido no se viesen en detrimento si les quisiesen ofender, para que pudiesen mas á su salvo salirse de entre ellos y defenderse, envió otro capitán hermano suyo con otros veinte de á caballo; al cual mandó que no consintiese que hiciesen ningunas voces. Desde á poco rato comenzó á llover y caer granizo, y el Gobernador mandó á los cristianos que se aposentasen en los aposentos del palacio, y el capitán de la artillería con los tiros en la fortaleza. Estando en esto vino un indio de Atabalipa á decir al Gobernador que se aposentase donde quisiese, con tanto que no se subiese en la fortaleza de la plaza; que él no podía venir por entonces, porque ayunaba. El Gobernador le respondió que así lo haria, y que habia enviado á su hermano á rogarle que viniese á verse con él, porque tenia mucho deseo de verle y conocerle por las buenas nuevas que dél tenia. Con esta respuesta se volvió el mensajero; y el capitán Hernando Pizarro con los cristianos volvió en anocheciendo. Venidos ante el Gobernador, dijeron que en el camino habian hallado un mal paso en una ciénaga que de antes parecia ser liecho de calzada, porque desde este pueblo va todo el camino ancho hecho de calzada de piedra y tierra hasta el real de Atabalipa; y como la calzada iba sobre los malos pasos, rompieron sobre aquel mal paso, y que lo pasaron por otra parte; y que antes de llegar al real pasaron dos rios, y por delante pasa un rio, y los indios pasan por una puente; y que desta parte está el real cercado de agua, y que el capitán que primero fué dejó la gente desta parte del rio porque la gente no se alborotase, y no quiso pasar por la puente porque no se hundiese su caballo, y pasó por el agua, llevando consigo la lengua, y pasó por entre un escuadron de gente que estaba en pié; y llegado al aposento de Atabalipa, en una plaza habia cuatrocientos indios que parecian gente de guarda; y el tirano estaba á la puerta de su aposento sentado en un asiento bajo, y muchos indios delante dél, y mujeres en pié, que quasi lo rodeaban; y tenia en la frente una borla de lana que parecia seda, de color de carmesí, de dos manos, asida de la cabeza con sus cordones, que le bajaba hasta los ojos; la cual le hacia mucho mas grave de lo que él es; los ojos puestos en tierra, sin los alzar á mirar á ninguna parte; y como el capitán llegó ante él le dijo por la lengua ó faraute que llevaba que era un capitán del Gobernador, y que le enviaba á lo ver y decir de su parte el mucho deseo que él tenia de su vista; y que si le pluguiese de le ir á ver se holgaria el señor Gobernador; y que otras razones le dijo, á las cuales no le respondió, ni alzó la cabeza á le mirar, sino un principal suyo respondia á lo que el capitán hablaba. En esto llegó el otro capitán adonde el primero habia dejado la gente, y preguntóles por el capitán, y dijéronle que hablaba con el Cacique. Dejando allí la gente, pasó el rio, y llegando cerca de donde Atabalipa estaba, dijo el capitán que con él estaba: «Este es un hermano del Gobernador; háblale, que viene á verte.» Entonces alzó los ojos

el Cacique y dijo: «Maizabilica, un capitán que tengo en el rio de Zuricara, me envió á decir cómo tratábadis mal á los caciques, y echábadislos en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana á ver al Gobernador y ser amigo de los cristianos, porque son buenos.» Hernando Pizarro respondió: «Maizabilica es un bellaco, y á él y á todos los indios de aquel rio mataria un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El Gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque á los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y á los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabilica te mintió.» Atabalipa dijo: «Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros, y haréisle guerra.» Hernando Pizarro respondió: «Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios; sino diez cristianos á caballo lo destruirán.» Atabalipa se rió y dijo que bebiesen; los capitanes dijeron que ayunaban, por defenderse de beber su brebaje. Importunados por él, lo aceptaron. Luego vinieron mujeres con vasos de oro, en que traian chicha de maíz. Como Atabalipa las vido, alzó los ojos á ellas, sin les decir palabra, se fueron presto, é volvieron con otros vasos de oro mayores, y con ellos les dieron á beber. Luego se despidieron, quedando Atabalipa de ir á ver al Gobernador otro día por la mañana. Su real estaba asentado en la falda de una serrezuela, y las tiendas, que eran de algodón, tomaban una legua de largo; en medio estaba la de Atabalipa. Toda la gente estaba fuera de sus tiendas en pié, y las armas hincadas en el campo, que son unas lanzas largas como picas. Parecióles que habia en el real mas de treinta mil hombres. Cuando el Gobernador supo lo que habia pasado mandó que aquella noche hobiese buena guarda en el real, y mandó á su capitán general que requiriese las guardas, y que las rondas anduviesen toda la noche al rededor del real; lo cual así se hizo. Venido el día sábado, por la mañana llegó al Gobernador un mensajero de Atabalipa, y le dijo de su parte: «Mi señor te envia á decir que quiere venir á verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envíes un cristiano con quien venga.» El Gobernador respondió: «Di á tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano; y que no le envíes cristiano porque no se usa entre nosotros enviar lo de un señor á otro.» Con esta respuesta se partió el mensajero; el cual en siendo llegado al real, las atalayas vieron venir la gente. Desde á poco rato vino otro mensajero, y dijo al Gobernador: «Atabalipa te envia á decir que no querrá traer su gente armada; porque aunque viniesen con él, muchos vernian sin armas, porque los queria traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra.» El Gobernador respondió que así se haria; que viniese

presto; que tenía deseo de verle. En poco rato vieron venir todo el campo lleno de gente, reparándose á cada paso, esperando á la que salía del real; y hasta la tarde duró el venir de la gente por el camino; venían repartidos en escuadrones. Después que fueron pasados todos los malos pasos, asentaron en el campo cerca del real de los cristianos, y todavía salía gente del real de los indios. Luego el Gobernador mandó secretamente á todos los españoles que se armasen en sus posadas y tuviesen los caballos ensillados y enfrenados, repartidos en tres capitanías, sin que ninguno saliese de su posada á la plaza; y mandó al capitán de la artillería que tuviese los tiros asentados hácia el campo de los enemigos, y cuando fuese tiempo les pusiese fuego. En las calles por do entran á la plaza puso gente en celada; y tomó consigo veinte hombres de á pié, y con ellos estuvo en su aposento, porque con él tuviesen cargo de prender la persona de Atabalipa si cautelosamente viniese, como parecía que venía, con tanto número de gente como con él venía. Y mandó que fuese tomado á vida; y á todos los demás mandó que ninguno saliese de su posada, aunque viesen entrar á los contrarios en la plaza, hasta que oyesen soltar el artillería. Y que él ternia atalayas, y viendo que venía de ruin arte, avisaría cuando hobiesen de salir; é saldrían todos de sus aposentos, y los de á caballo en sus caballos, cuando oyesen decir: «Santiago.»

Con este concierto y orden que se ha dicho estuvo el Gobernador esperando que Atabalipa entrase, sin que en la plaza pareciese algun cristiano, excepto el atalaya que daba aviso de lo que pasaba en la hueste. El Gobernador y el Capitán General andaban requiriendo los aposentos de los españoles, viendo cómo estaban apercibidos para salir cuando fuesen menester, diciéndoles á todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían otras, ni otro socorro sino el de Dios, que socorre en las mayores necesidades á quien anda en su servicio; y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los de caballo se encontrasen unos con otros. Estas y semejantes palabras decían el Gobernador y el Capitán General á los cristianos para los animar; los cuales estaban con voluntad de salir al campo mas que de estar en sus posadas. En el ánimo de cada uno parecía que haría por ciento; que muy poco temor les ponía ver tanta gente.

Viendo el Gobernador que el sol se iba á poner, y que Atabalipa no levantaba de donde había reparado, y que todavía venía gente de su real, envióle á decir con un español que entrase en la plaza y viniese á verlo ante que fuese noche. Como el mensajero fué á Atabalipa hízole acatamiento, y por señas le dijo que fuese donde el Gobernador estaba. Luego él y su gente comenzaron á andar, y el español volvió delante, y dijo al Gobernador que venía, y que la gente que traía en la delantera traían armas secretas debajo de las camisetas, que eran jubones de algodón fuertes, y talegas de piedras y bondas; que le parecía que traían ruin intencion. Luego

la delantera de la gente comenzó á entrar en la plaza; venía delante un escuadrón de indios vestidos de una librea de colores á manera de escaques; estos venían quitando las pajas del suelo y barriendo el camino. Tras estos venían otras tres escuadras vestidos de otra manera, todos cantando y bailando. Luego venía mucha gente con armaduras, patenas y coronas de oro y plata. Entre estos venía Atabalipa en una litera aforrada de pluma de papagayos de muchas colores, guarnecida de chapas de oro y plata.

Traíanle muchos indios sobre los hombros en alto, y tras desta venían otras dos literas y dos hamacas, en que venían otras personas principales; luego venía mucha gente en escuadrones con coronas de oro y plata. Luego que los primeros entraron en la plaza, apartaron y dieron lugar á los otros. En llegando Atabalipa en medio de la plaza, hizo que todos estuviesen quedos, y la litera en que él venía y las otras en alto: no cesaba de entrar gente en la plaza. De la delantera salió un capitán, y subió en la fuerza de la plaza, donde estaba el artillería, y alzó dos veces una lanza á manera de seña. El Gobernador, que esto vió, dijo á fray Vicente que si quería ir á hablar á Atabalipa con un faraute; él dijo que sí, y fué con una cruz en la mano y con su Biblia en la otra, y entró por entre la gente hasta donde Atabalipa estaba, y le dijo por el faraute: «Yo soy sacerdote de Dios, y enseño á los cristianos las cosas de Dios, y asimismo vengo á enseñar á vosotros. Lo que yo enseño es lo que Dios nos habló, que está en este libro; y por tanto, de parte de Dios y de los cristianos te ruego que seas su amigo, porque así lo quiere Dios, y venirse ha bien dello; y vé á hablar al Gobernador, que te está esperando.» Atabalipa dijo que le diese el libro para verle, y él se lo dió cerrado; y no acertando Atabalipa á abrirle, el religioso extendió el brazo para lo abrir, y Atabalipa con gran desden le dió un golpe en el brazo, no queriendo que lo abriese; y porfiando él mesmo por abrirle, lo abrió; y no maravillándose de las letras ni del papel, como otros indios, lo arrojó cinco ó seis pasos de sí. E á las palabras que el religioso había dicho por el faraute respondió con mucha soberbia, diciendo: «Bien sé lo que habeis hecho por ese camino, cómo habeis tratado á mis caciques y tomado la ropa de los bohíos.» El religioso respondió: «Los cristianos no han hecho esto; que unos indios trajeron la ropa no lo sabiendo el Gobernador, y él la mandó volver.» Atabalipa dijo: «No partiré de aquí hasta que toda me la traigan.» El religioso volvió con la respuesta al Gobernador. Atabalipa se puso en pié encima de las andas, hablando á los suyos que estuviesen apercibidos. El religioso dijo al Gobernador lo que había pasado con Atabalipa, y que había echado en tierra la sagrada Escritura. Luego el Gobernador se armó un sayo de armas de algodón, y tomó su espada y adarga, y con los españoles que con él estaban entró por medio de los indios; y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atabalipa estaba, y sin temor le echó mano del brazo izquierdo, diciendo: «Santiago.» Luego soltaron los tiros y tocaron las trompetas, y salió la gente de á pié y de á caballo. Como los indios vieron el tropel de los

caballos, huyeron muchos de aquellos que en la plaza estaban; y fué tanta la furia con que huyeron, que rompieron un lienzo de la cerca de la plaza, y muchos cayeron unos sobre otros. Los de caballo salieron por encima dellos, hiriendo y matando, y siguieron el alcance. La gente de á pié se dió tan buena prisa en los que en la plaza quedaron, que en breve tiempo fueron los mas dellos metidos á espada. El Gobernador tenía todavía del brazo á Atabalipa, que no le podía sacar de las andas, como estaba en alto. Los españoles hicieron tal matanza en los que tenían las andas, que cayeron en el suelo; y si el Gobernador no defendiera á Atabalipa, allí pagara el soberbio todas las crueldades que había hecho. El Gobernador, por defender á Atabalipa, fué herido de una pequeña herida en la mano. En todo esto no alzó indio armas contra español; porque fué tanto el espanto que tuvieron de ver al Gobernador entre ellos, y soltar de improviso el artillería y entrar los caballos al tropel, como era cosa que nunca habían visto, que con gran turbacion procuraban mas huir por salvar las vidas que de hacer guerra. Todos los que traían las andas de Atabalipa pareció ser hombres principales, los cuales todos murieron, y tambien los que venían en las literas y hamacas; y el de la una litera era su paje y señor, á quien él mucho estimaba; y los otros eran tambien señores de mucha gente y consejeros suyos; murió tambien el cacique señor de Caxamalca. Otros capitanes murieron, que por ser gran número no se hace caso dellos, porque todos los que venían en guarda de Atabalipa eran grandes señores. Y el Gobernador se fué á su posada con su prisionero Atabalipa, despojado de sus vestiduras, que los españoles les habían rompido por quitarle de las andas. Cosa fué maravillosa ver preso en tan breve tiempo á tan gran señor, que tan poderoso venía. El Gobernador mandó luego sacar ropa de la tierra y le hizo vestir; y así, aplacándole del enojo y turbacion que tenía de verse tan presto caído de su estado, entre otras muchas palabras, le dijo el Gobernador: «No tengas por afrenta haber sido así preso y desbaratado, porque los cristianos que yo traigo, aunque son pocos en número, con ellos he sujetado mas tierra que la tuya y desbaratado otros mayores señores que tú, poniéndolos debajo del señorío del Emperador, cuyo vasallo soy, el cual es señor de España y del universo mundo, y por su mandado venimos á conquistar esta tierra, porque todos vengais en conocimiento de Dios y de su santa fe católica; y con la buena demanda que traemos permite Dios, criador de cielo y tierra y de todas las cosas criadas; y porque lo conozcáis y salgáis de la bestialidad y vida diabólica en que vivís, que tan pocos como somos sujetamos tanta multitud de gente; y cuando hubiéredes visto el error en que habeis vivido, conoceréis el beneficio que recibís en haber venido nosotros á esta tierra por mandado de su majestad; y debes tener á buena ventura que no has sido desbaratado de gente cruel como vosotros sois, que no dáis á ninguno; nosotros usamos de piedad con nuestros enemigos vencidos, y no hacemos guerra sino á los que nos la hacen, y pudiéndolos destruir, no lo hacemos, antes los perdonamos; que teniendo yo preso al cacique señor de la isla, lo dejé porque de allí adelante fuese bueno; y lo

mismo hice con los caciques señores de Tímbez y Chilimasa y con otros, que teniéndolos en mi poder, siendo merecedores de muerte, los perdoné. Y si tú fuiste preso, y tu gente desbaratada y muerta, fué porque venías con tan gran ejército contra nosotros, enviándote á rogar que vinieses de paz, y echaste en tierra el libro donde estaban las palabras de Dios, por esto permitió nuestro Señor que fuese abajada tu soberbia, y que ningun indio pudiese ofender á ningun cristiano.»

Hecho este razonamiento por el Gobernador, respondió Atabalipa que había sido engañado de sus capitanes, que le dijeron que no hiciese caso de los españoles; que él de paz quería venir, y los suyos no lo dejaron, y que todos los que le aconsejaron eran muertos. Y que tambien había visto la bondad y ánimo de los españoles; y que Maizablica, sintiendo que envió á decir de los cristianos, como ya fuese de noche, y viese el Gobernador que no eran recogidos los que habían ido en el alcance, mandó tirar los tiros y tañer las trompetas porque se recogiesen. Dende á poco rato entraron todos en el real con gran presa de gente que habían tomado á vida, en que había mas de tres mil personas. El Gobernador les preguntó si venían todos buenos. Su capitán general, que con ellos venía, respondió que solo un caballo tenía una pequeña herida. El Gobernador dijo con mucha alegría: «Doy gracias á Dios nuestro Señor, y todos, señores, las debemos dar, por tan gran milagro como en este día por nosotros ha fecho; y verdaderamente podemos creer que sin especial socorro suyo no fuéramos parte para entrar en esta tierra, cuanto mas vencer una tan gran hueste. Plega á Dios, por su misericordia, que, pues tiene por bien de nos hacer tantas mercedes, nos dé gracia para hacer tales obras, que alcancemos su santo reino. Y porque, señores, vernéis fatigados, váyase cada uno á reposar á su posada; y porque Dios nos ha dado victoria no nos descuidemos; que, aunque van desbaratados, son mañosos y diestros en la guerra, y este señor (como sabemos) es temido y obedecido, y ellos intentarán toda ruindad y cautela para sacarlo de nuestro poder. Esta noche y todas las demás haya buena guarda de velas y ronda, de manera que nos hallen apercibidos.» Y así, se fueron á cenar, y el Gobernador hizo sentar á su mesa á Atabalipa, y haciéndole buen tratamiento, y sirviéronle como á su misma persona; y luego le mandó dar de sus mujeres que fueron presas las que él quiso para su servicio, y mandó hacer una cama en la cámara que el mismo Gobernador dormía, teniéndole suelto sin prision, sino las guardas que velaban. La batalla duró poco mas de media hora, porque ya era puesto el sol cuando se comenzó; si la noche no la atajara, que de mas de treinta mil hombres que vinieron quedarán pocos. Es opinion de algunos que han visto gente en campo, que había mas de cuarenta mil; en la plaza quedaron muertos dos mil, sin los feridos. Vióse en esta batalla una cosa muy maravillosa, y es, que los caballos, que el día antes no se podían mover de resfriados, aquel día anduvieron con tanta furia, que parecía no haber tenido mal. El Capitán General requirió aquella noche las velas y ronda, poniéndolas en conveniente lugar. Otro día

por la mañana envió el Gobernador un capitán con treinta de á caballo á correr por todo el campo, y mandó quebrar las armas de los indios; y entre tanto la gente del real hicieron sacar á los indios que fueron presos los muertos de las plazas. El capitán con los de á caballo recogió todo lo que habia en el campo y tiendas de Atabalipa, y entró antes de mediodía en el real con una cabalgada de hombres y mujeres, y ovejas y oro y plata y ropa; en esta cabalgada hubo ochenta mil pesos y siete mil marcos de plata y catorce esmeraldas; el oro y plata en piezas monstruosas y platos grandes y pequeños, y cántaros y ollas y braseros y cozones grandes, y otras piezas diversas. Atabalipa dijo que todo esto era vajilla de su servicio, y que sus indios que habian huido habian llevado otra mucha cantidad. El Gobernador mandó que soltasen todas las ovejas, porque era mucha cantidad y embarazaban el real, y que los cristianos matasen todos los días cuantas hobiesen menester; y los indios que la noche antes habian recogido mandó el Gobernador poner en la plaza para que los cristianos tomasen los que hobiesen menester para su servicio; todos los demás mandó soltar y que se fuesen á sus casas, porque eran de diversas provincias, que los traía Atabalipa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército.

Algunos fueron de opinion que matasen todos los hombres de guerra ó les cortasen las manos. El Gobernador no lo consintió, diciendo que no era bien hacer tan grande crueldad; que aunque es grande el poder de Atabalipa y podía recoger gran número de gente, que mucho sin comparación es mayor el poder de Dios nuestro Señor, que por su infinita bondad ayuda á los suyos; y que tuviesen por cierto que el que los habia librado del peligro del día pasado los libraria de ahí adelante, siendo las intenciones de los cristianos buenas, de atraer aquellos bárbaros infieles al servicio de Dios y al conocimiento de su santa fe católica; que no quisiesen parecer á ellos en las crueldades y sacrificios que hacen á los que prenden en sus guerras; que bien bastaba los que eran muertos en la batalla; que aquellos habian sido traídos como ovejas á corral; que no era bien que muriesen ni se les hiciese daño; y así, fueron sueltos.

En este pueblo de Caxamalca fueron halladas ciertas casas llenas de ropa liada en fardos arrimados hasta los techos de las casas. Dicen que era depositado para bastecer el ejército. Los cristianos tomaron la que quisieron, y todavía quedaron las casas tan llenas, que parecia no haber hecho falta la que fué tomada. La ropa es la mejor que en las Indias se ha visto; la mayor parte della es de lana muy delgada y prima, y otra de algodón de diversas colores y bien matizadas. Las armas que se hallaron con que hacen la guerra y su manera de pelear es la siguiente. En la delantera vienen honderos que tiran con hondas piedras guijeras lisas y hechas á mano, de hechura de huevos; los honderos traen rodela que ellos mismos hacen de tablillas angostas y muy fuertes; asimismo traen jubones colchados de algodón; tras destes vienen otros con porras y hachas de armas; las porras son de braza y media de largo, y tan gruesas como una lanza jineta; la porra que está al cabo en-

gastada es de metal, tan grande como el puño, con cinco ó seis puntas agudas, tan gruesa cada punta como el dedo pulgar; juegan con ellas á dos manos; las hachas son del mismo tamaño y mayores; la cuchilla de metal de anchor de un palmo, como alabarda. Algunas hachas y porras hay de oro y plata, que traen los principales; tras estos vienen otros con lanzas pequeñas arrojadas, como dardos; en la retaguarda vienen piqueros con lanzas largas de treinta palmos; en el brazo izquierdo traen una manga con mucho algodón, sobre que juegan con la porra. Todos vienen repartidos en sus escuadras con sus banderas y capitanes que los mandan, con tanto concierto como turcos. Algunos dellos traen capacetes grandes, que les cubren hasta los ojos, hechos de madera; en ellos mucho algodón, que de hierro no pueden ser mas fuertes. Esta gente, que Atabalipa tenia en su ejército, eran todos hombres muy diestros y ejercitados en la guerra, como aquellos que siempre andan en ella, é son mancebos é grandes de cuerpo, que solos mil dellos bastan para asolar una población de aquella tierra, aunque tenga veinte mil hombres. La casa de aposento de Atabalipa, que en medio de su real tenia, es la mejor que entre indios se ha visto, aunque pequeña; hecha en cuatro cuartos, y en medio un patio, y en él un estanque, al cual viene agua por un caño, tan caliente, que no se puede sufrir la mano en ella. Esta agua nasce hirviendo en una sierra que está cerca de allí. Otra tanta agua fria viene por otro caño, y en el camino se juntan y vienen mezcladas por un solo caño al estanque; y cuando quieren que venga la una sola, tienen el caño de la otra. El estanque es grande, hecho de piedra; fuera de la casa, á una parte del corral, está otro estanque, no tan bien hecho como este; tiene sus escaleras de piedra, por do bajan á lavarse. El aposento donde Atabalipa estaba entre día es un corredor sobre un huerto, y junto está una cámara, donde dormia, con una ventana sobre el patio y estanque, y el corredor asimismo sale sobre el patio; las paredes están enjalbegadas de un betúmen bermejo, mejor que almagre, que luce mucho, y la madera que cae sobre la cobija de la casa está teñida de la misma color; y el otro cuarto frontero es de cuatro bóvedas, redondas como campanas, todas cuatro incorporadas en una; este es encalado, blanco como nieve. Los otros dos son casas de servicio. Por la delantera deste aposento pasa un río.

Ya se ha dicho de la victoria que los cristianos hobieron en la batalla y prision de Atabalipa, y de la manera de su real y ejército. Agora se dirá del padre deste Atabalipa, y cómo se hizo señor, y otras cosas de su grandeza y estado, segun que él mismo lo contó al Gobernador. Su padre deste Atabalipa se llamó el Cuzco, que señoreó toda aquella tierra; de mas de trecientas leguas le obedecian y daban tributo. Fué natural de una provincia mas atrás de Guito, y como hallase aquella tierra donde estaba apacible y abundosa y rica, asentó en ella, y puso nombre á una gran ciudad donde estaba la ciudad del Cuzco. Era tan temido y obedecido, que lo tuvieron cuasi por su dios, y en muchos pueblos le tenian hecho de bulto. Tuvo cien hijos y hijas, y los mas son vivos; ocho años há que murió, y

dejó por su heredero á un hijo suyo llamado así como él. Este era hijo de su mujer legítima. Llamen mujer legítima á la mas principal, á quien mas quiere el marido; este era mayor que Atabalipa. El Cuzco viejo dejó por señor de la provincia de Guito, apartada del otro señorío principal, á Atabalipa, y el cuerpo del Cuzco está en la provincia de Guito, donde murió, y la cabeza lleváronla á la ciudad del Cuzco, y la tienen en mucha veneracion, con mucha riqueza de oro y plata; que la casa donde está es el suelo y paredes y techo todo chapado de oro y plata, entretreído uno con otro; y en esta ciudad hay otras veinte casas las paredes chapadas de una hoja delgada de oro por de dentro y por de fuera. Esta ciudad tiene muy ricos edificios; en ella tenia el Cuzco su tesoro, que eran tres bohíos llenos de piezas de oro y cinco de plata, y cien mil tejuelos de oro que habia sacado de las minas; cada tejuelo pesa cincuenta castellanos; esto habia habido del tributo de las tierras que habia señoreado. Adelante desta ciudad hay otra llamada Collao, donde hay un río que tiene mucha cantidad de oro; y camino de diez jornadas desta provincia de Caxamalca, en otra provincia que se dice Guanaco, hay otro río tan rico como este. En todas estas provincias hay muchas minas de oro y plata. La plata sacan en la sierra con poco trabajo; que un indio saca en un día cinco ó seis marcos, la cual sacan envuelta con plomo y estaño y piedra zufre, y después la apuran, y para sacarla pegan fuego á la sierra; y como se enciende la piedra zufre, cae la plata á pedazos; y en Guito y Chinchá hay las mayores minas. De aquí á la ciudad del Cuzco hay cuarenta jornadas de indios cargados, y la tierra es bien poblada. Chinchá está á medio camino, que es gran población. En toda esta tierra hay mucho ganado de ovejas; muchas se hacen monteses, por no poder sostener tantas como se crian. Entre los españoles que con el Gobernador están se matan cada día ciento y cincuenta, y parece que ninguna falta hace ni harian en este valle aunque estoviesen un año en él. Y los indios generalmente las comen en toda esta tierra.

Y asimismo dijo Atabalipa que después de la muerte de su padre, él y su hermano el Cuzco estuvieron en paz siete años cada uno en la tierra que le dejó su padre; y podrá haber un año, poco mas, que su hermano el Cuzco se levantó contra él con voluntad de tomarle su señorío, y después le envió á rogar Atabalipa que no le hiciese guerra, sino que se contentase con lo que su padre le habia dejado; y el Cuzco no lo quiso hacer, y Atabalipa salió de su tierra, que se dice Guito, con la mas gente de guerra que pudo, y vino á Tomepomba, donde hubo con su hermano una batalla, y mató Atabalipa mas de mil hombres de la gente del Cuzco, y lo hizo volver huyendo; y porque el pueblo Tomepomba se le puso en defensa, lo abrasó, y mató toda la gente dél, y queria asolar todos los pueblos de aquella comarca, y dejólo de hacer por seguir á su hermano; y el Cuzco se fué á su tierra huyendo, y Atabalipa vino conquistando con gran poder toda aquella tierra, y todos los pueblos se le daban, sabiendo la grandísima destruicion que habia hecho en Tomepomba. Seis meses habia que Atabalipa habia enviado dos pajes suyos, muy valientes

hombres, el uno llamado Quisques, y el otro Chaliachin, los cuales fueron con cuarenta mil hombres sobre la ciudad de su hermano, y fueron ganando toda la tierra hasta aquella ciudad donde el Cuzco estaba, y se la tomaron, y mataron mucha gente, y prendieron su persona y le tomaron todo el tesoro de su padre, y luego lo hicieron saber á Atabalipa, y mandó que se lo enviasen preso, y tiene nueva que llegaran presto con mucho tesoro; y los capitanes se quedaron en aquella ciudad que habian conquistado, por guardar la ciudad y el tesoro que en ella habia, y tenian diez mil hombres de guarnicion, de los cuarenta mil que llevaron, y los otros treinta mil hombres fueron á descansar á sus casas con el despojo que habian habido, y todo lo que su hermano el Cuzco poseia tenia Atabalipa subjectado.

Atabalipa y estos sus capitanes generales andaban en andas, y después que la guerra comenzó ha muerto mucha gente, y Atabalipa ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo á todos los caciques de los pueblos que ha conquistado, y tiene puestos gobernadores en todos los pueblos, porque de otra manera no pudiera tener tan pacífica y subjecta la tierra como la ha tenido; y con esto ha sido muy temido y obedecido, y su gente de guerra muy servida de los naturales, y dél muy bien tratada. Atabalipa tenia pensamiento, si no le acaesciera ser preso, de irse á descansar á su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tomepomba, que se le habia puesto en defensa, y poblalla de nuevo de su gente, y que le enviasen sus capitanes, de la gente del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar á Tomepomba. Tambien dijo Atabalipa que entregaria al Gobernador á su hermano el Cuzco, al cual sus capitanes enviaban preso de la ciudad, para que hiciese dél lo que quisiese; y porque Atabalipa temia que á él mesmo matarian los españoles, y dijo al Gobernador que daria para los españoles que le habian predicado mucha cantidad de oro y plata; el Gobernador le preguntó qué tanto daria y en qué término; Atabalipa dijo que daria de oro una sala que tiene veinte y dos piés en largo y diez y siete en ancho, llena hasta una raya blanca que está á la mitad del altor de la sala, que será lo que dijo de altura de estado y medio, y dijo que hasta allí henchiria la sala de diversas piezas de oro, cántaros, ollas y tejuelos, y otras piezas, y que de plata daria todo aquel bohío dos veces lleno, y que esto cumpliria dentro de dos meses. El Gobernador le dijo que despachase mensajeros por ello, y que cumpliendo lo que decia no tuviese ningun temor. Luego despachó Atabalipa mensajeros á sus capitanes, que estaban en la ciudad del Cuzco, que le enviasen dos mil indios cargados de oro y muchos de plata, esto sin lo que venia camino con su hermano, que traian preso. El Gobernador le preguntó que qué tanto tardarian sus mensajeros en ir á la ciudad del Cuzco; Atabalipa dijo que cuando envia con priesa á hacer saber alguna cosa, corren por postas de pueblo en pueblo, y llega la nueva en cinco días, y que yendo todo el camino los que él envia con el mensaje, aunque sean hombres sueltos, tardan quince días en ir. Tambien le preguntó el Gobernador que por qué habia mandado matar á algunos indios que habian